

Agregaciones protohistóricas a megalitos prehistóricos: el dolmen de Lagunita I, Santiago de Alcántara (Cáceres)

¹BARROSO, R., *BUENO, P., *BALBIN, R., *VAZQUEZ, A., **GONZALEZ, A.

RESUMEN:

El dolmen de Lagunita I es una cámara trapezoidal realizada sobre un monumento anterior de mayor longitud. En su túmulo se detectan distintas construcciones de diferentes momentos de refactura del monumento, que a su papel simbólico, determinado por la presencia de estelas, suman su uso funerario, albergando los

enterramientos más recientes que ratifican la utilidad del enclave del Neolítico Final a la Edad del Hierro. A este uso reciente del monumento se refiere esta comunicación, aportando un avance de los análisis aún en curso, y su comparación con reutilizaciones tardías de megalitos próximos.

ABSTRACT:

The dolmen of Lagunita I is a trapezoidal chamber made over a previous longer monument. In its mound, several constructions from different rebuilding episodes of the monument are detected. To its symbolic role, showed by the presence of stelae, it has to be added its funerary use, proven by the presence of the most recent

burials that confirm the use of the site from the Final Neolithic to the Iron Age. It is to this recent use of the monument that this presentation is devoted. We provide an advance of the analyses still in course, and compare the site with other late reusing of close megaliths.

1.- LOCALIZACIÓN, TRABAJOS Y DESCRIPCIÓN DEL MONUMENTO DE LAGUNITA I.

Lagunita I es uno de los muchos dólmenes localizados en el término de Santiago de Alcántara, al oeste de la provincia de Cáceres, formando parte de la zona extremeña ligada a la cuenca del Tajo, dentro de lo que se conoce como Tajo Internacional. Se integra

en la necrópolis de Era de la Laguna, un conjunto de tres dólmenes, Lagunita I, II y III visibles entre sí, y localizados en la dehesa que ocupa la zona baja, al pie de la sierra de San Pedro, que alberga numerosos conjuntos de abrigos pintados. Desde uno de los más

¹ * Área de Prehistoria – Universidad de Alcalá

**Dpto. de Biología – Universidad Autónoma de Madrid

importantes, el abrigo de El Buraco, presidiendo la sierra, se puede ver toda la necrópolis y su proximidad al curso del Aurela, afluente del Tajo por su margen izquierda.

Dentro del proyecto “Marcadores gráficos y megalitos en Santiago de Alcántara”, nuestros trabajos en la zona se han centrado en la relación entre grafías y monumentos (Bueno *et al.* 2006 y 2008a), emprendiendo prospecciones, acciones de preservación y estudio en el caso de pinturas y grabados, y excavaciones previas a su restitución para los dólmenes. Lagunita III fue el primer dolmen excavado, del 2003 al 2005, con resultados en una buena parte ya publicados (Bueno *et al.* 2008b y 2010a), habiendo realizado también dos campañas más en Lagunita I aún inéditas. Lamentablemente Lagunita II está hoy prácticamente destruido por los trabajos agrícolas.

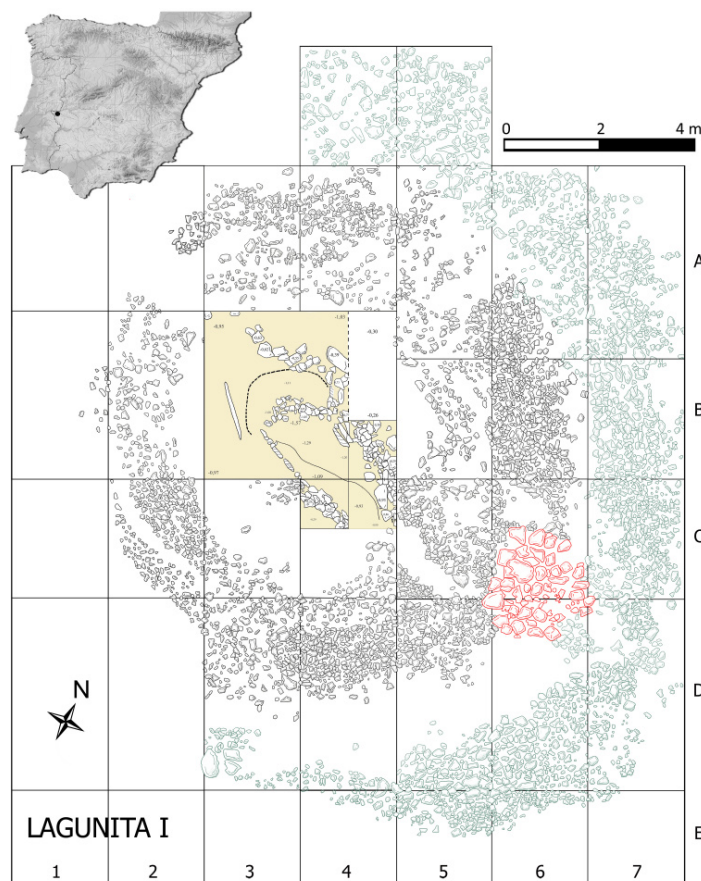
El domén de Lagunita I en sí no es el objeto de esta comunicación, sino su uso protohistórico, pero una descripción, aunque breve, es imprescindible para asociar a él acontecimientos posteriores.

A una limpieza superficial realizada en julio del 2005, a la par que se terminaba la excavación del monumento de Lagunita III, siguieron dos campañas más confirmando la complejidad de una construcción (Bueno *et al.* 2006, 78) de la que, al comienzo sólo afloraban tres ortostatos

de su cámara. Durante la campaña del 2007 se trabajó en la excavación de la cámara y la limpieza del túmulo que ya en su sector sur parecía mostrar la existencia de estructuras externas adosadas a su construcción. A esta realidad se sumaron los resultados obtenidos en los estudios geofísicos que mostraban anomalías en el área externa al túmulo. De forma que, para la campaña del 2009, se planteó la documentación de éste área exterior en su mitad Este. La excavación no se puede dar por concluida, pues los restos progresan más allá del área abierta mostrando un extenso encachado, presumiblemente parejo en el sector contrario.

Lagunita I es una cámara trapezoidal de pizarra realizada sobre un monumento anterior, algo más grande, del que destacaba su notable túmulo, realmente visible en el pequeño otero sobre el que se asienta el monumento. La construcción de éste se realizó a base de cantos de cuarzo y lajas de pizarra. Tras un primer y compacto contrafuerte de la cámara, consta de un segundo anillo y otro más, exterior, de tierra compacta, que debe suponer una retumulación relacionada con la segunda reestructuración del monumento, de ahí su mayor espesor en el sector Norte donde el túmulo posee más desarrollo en su adaptación al afloramiento. (Fig. 1)

A este complejo túmulo megalítico se añade otra



estructura pétrea en la que se integran las tumbas recientes. De este encachado sólo se ha abierto parte de su tramo norte, este y sur. Este último tramo, el sur, es el único que hemos llegado a delimitar durante la campaña del 2010 siendo el que más separado está, hasta casi dos metros, del segundo anillo de piedra del túmulo. Su trazado, con alineaciones de piedra de buen tamaño, forma una banda de esquina cuadrangular que decrece en anchura hacia el oeste hasta terminar en un pequeño murete perpendicular de piedras grandes, a modo de tope. Los tramos este y norte, aún sin contorno delimitado por completo, parecen formar una banda concéntrica al túmulo y desde luego más próxima a él, abriéndose sólo el tramo norte donde el encachado tiene ya dos metros de ancho y prosigue más allá de lo excavado.

Fig. 1.- Localización y planta del conjunto funerario de Lagunita I (Santiago de Alcántara, Cáceres).

El tramo sur y este del encachado confluyen al sureste de la construcción y conectan con el túmulo megalítico mediante otra estructura previa, a modo de plataforma, levantada sobre el anillo de tierra compacta que separa ambas. La define su forma cuadrangular bien marcada y las piedras de cuarcita de buen tamaño que la componen, presidida por una estela de pizarra que apareció tumbada en su cabecera.

La proximidad de la última campaña mencionada supone que buena parte de la documentación obtenida

aún está en proceso de análisis y elaboración por lo que esta comunicación es sólo un avance. El uso reciente del monumento es probablemente su mayor originalidad, pero ciertamente se corresponde con el área de la que aún más nos falta por excavar. Incluso, aún están en curso los datos de la prospección geofísica que hemos realizado de cara a enfocar de manera más efectiva la excavación del área que queda por abrir y poder estimar la zona final que ocupa el encachado.

2.- USO PROTOHISTÓRICO DEL MONUMENTO:

Una mera limpieza superficial del empedrado externo del monumento puso al descubierto las tumbas 1 y 2. (Fig. 2).



Fig. 2.- Tramo sur del encachado protohistórico del dolmen de Lagunita I (Santiago de Alcántara, Cáceres).

La tumba 1 se localiza en el tramo este del encachado, al pie de la plataforma y pegada a la retumulación más reciente del dolmen, de ahí, su cota más alta y la menor presencia de piedra que debieron contribuir a su deterioro. Junto a pequeñas esquirlas de hueso de color grisáceo diseminados en un radio de 1m² localizamos hasta 60 fragmentos cerámicos muy fragmentados. De ellos, 46 corresponden a piezas hechas a mano y 14 fragmentos hechos a torno que pertenecen al menos a siete recipientes (Fig. 3, 1-7). La forma, pasta y superficies idénticas a la urna de tumba 2 permiten identificar varios fragmentos de una urna bitroncocónica a mano de la que desconocemos la forma de su fondo y borde, más allá de un fragmento de cuello que abre en dirección exvasada. A ella se suman, también a mano, dos cuencos, uno de borde exvasado, superficies rojizas de 10,6 cm. de diámetro de boca, y

otro más carenado de borde recto. De una cuarta pieza, claramente individualizable del resto por su pasta rojiza y superficies marrones, sólo se conservan fragmentos de pared y parte de un fondo plano. (Fig. 3, 1-4)

Las piezas a torno (Fig. 3, 5-7) son cerámicas de cocción reductora, compuestas de pastas grises o rojas con un nervio interior gris, correspondientes al menos a tres recipientes: Un plato semiesférico que podría tener el borde engrosado y base con pie indicado; varios fragmentos correspondientes a un cuenco semiesférico del que sólo se conserva parte del borde de tendencia recta; y cuatro fragmentos de paredes gruesas, junto a un quinto de borde exvasado, que podrían corresponder a una olla o una urna, con lo que en este caso se agruparían en un espacio próximo dos incineraciones cuyos materiales es imposible individualizar.

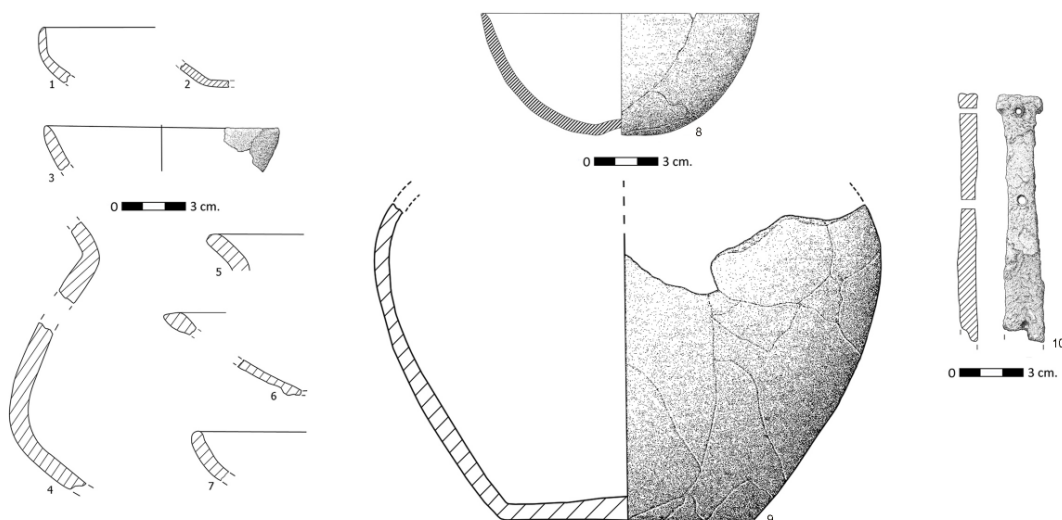


Fig. 3.- Restos materiales localizados en la tumba 1(1-7), Tumba 2 (8-9) y superficie (10) de Lagunita I (Santiago de Alcántara, Cáceres).

La tumba 2 se localiza en el sector sur del encachado, a una cota inferior. Se trata de una incineración en urna colocada en un hoyo de 35 cm de diámetro abierto en la base del terreno y calzada con piedras pequeñas. El recipiente se rodeó de piedras de cuarcita que delimitan un círculo en el que la incineración ocupa su lugar central (Fig. 4).

La aparente simpleza en cuanto a su cubrición o señalización puede responder al estado arrasado de la capa superficial del yacimiento, arado habitualmente,

pues los restos afloraban prácticamente en superficie. El borde de la urna no se conservaba en ningún tramo de su contorno, habiéndose perdido el tercio superior del recipiente, y en el momento de su hallazgo varios fragmentos cerámicos aparecían sueltos al interior junto a pequeños restos óseos con muestras de quemado. El peso y la presión a la que debió de estar sometida provocaron múltiples fracturas de sus paredes que las raíces habían aprovechado reventando su tramo inferior.

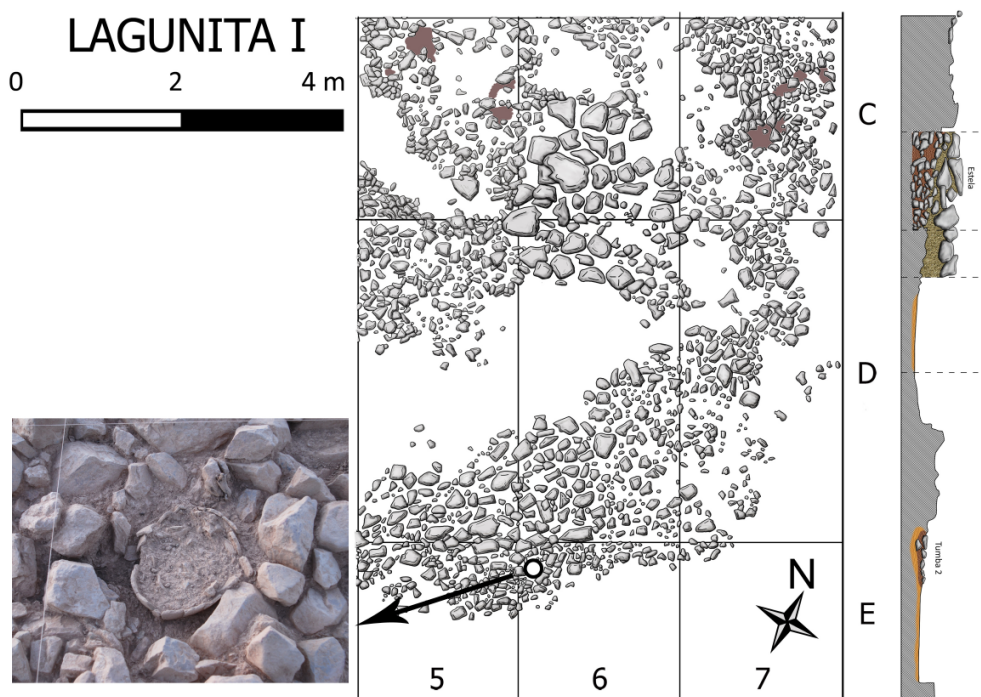


Fig. 4.- Planta y sección del tramo de encachado en el que se localiza la Tumba 2, y foto de detalle de la misma.

Puesto que su documentación y extracción exigía de un importante tiempo de excavación sobre el terreno del que no disponíamos, fue consolidada y trasladada al laboratorio. Allí se recuperó su contenido y se flotó su sedimento en una labor de verdadera microexcavación que pudiera aportarnos la mayor información posible sobre lo que quedaba del enterramiento. (Fig. 5)



La parte conservada del recipiente se encontraba colmatada de tierra muy compactada con huesos y fragmentos cerámicos. Algunos de los más superficiales y laterales pertenecían a la propia urna y pudieron ser remontados, pero también comprobamos la existencia de otra pieza más formando parte del depósito funerario. Se trata de un cuenco semiesférico de superficies rojas que por su aspecto no debió pasar por la pira. Casi completo, tiene ónfalo en la base y se colocó en posición vertical al interior, o quizás, haciendo la función de tapa de la urna. Esta es lisa, con base plana y nuevamente, casi con seguridad, de perfil sinuoso, si bien el borde se ha perdido (Fig. 3,8-9).

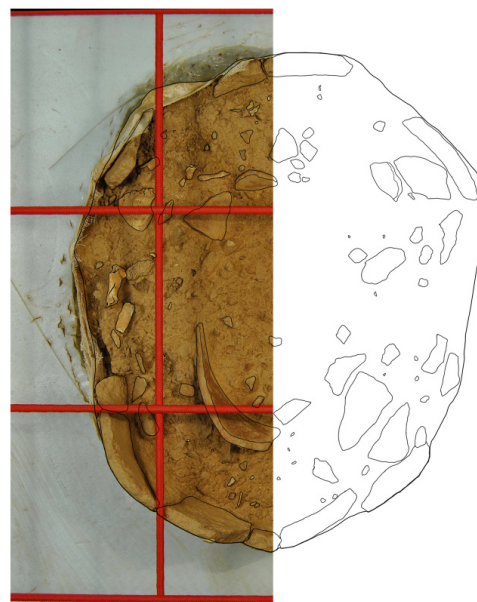


Fig. 5.- Foto de la urna en proceso de excavación y detalle de la realización de planos.

La extracción de los restos óseos fue dificultosa por su fuerte concreción y fragmentación, reuniéndose un total de 419,70 gr. de hueso que dada la rotura superior de la urna no parece que fuera todo el contenido inicial. Hasta prácticamente el fondo no localizamos algo de tierra cenicienta y algún fragmento de carbón, aunque mínimo, que podría proceder de la pira. La alteración de las raíces afectó sin duda esta cuestión.

El análisis antropológico de los restos (González y Rascón, 2011) destaca el pequeño tamaño de algunos huesos señalando la posibilidad de procesos de triturado antrópicos sumados al efecto del fuego que justificasen esta sustancial fragmentación. A pesar de ello fue posible diferenciar unidades anatómicas, todas ellas representadas aún en escasa proporción, lo que prueba una recogida cuidadosa de los restos cremados y un

cierto patrón de deposición. Así los huesos del esqueleto apendicular ocupan la parte inferior, colocándose varios de ellos en diagonal, lateralmente, dentro de la urna, mientras los restos de tronco y cráneo están sobre ellos.

Los huesos corresponden a un único individuo, posiblemente femenino, de edad difícil de estimar, adulta o infantil/juvenil, pues no se conserva ninguna pieza dental. Esta cuestión, unida a la coloración de los huesos, mayoritariamente blanca, sugieren una prolongada combustión a alta temperatura, más de 650°C, con buena ventilación y combustible abundante. En ningún caso el patrón de grieta y rotura de los huesos (Ettxeberria, 1994, 114) es el propio de restos esqueléticos por lo que sin duda se trata de la quema de un cadáver hasta su incineración y posterior inhumación en urna.

Uno de los huesos largos de la base al que no habían alcanzado las raíces fue enviado al laboratorio de Beta Analytic para su análisis obteniendo una fecha de 2480 ± 40 BP (Beta-281366), es decir, 530 ± 40 a.C. que calibrada a dos sigmas equivale a: 770-416 cal BC.

Durante la limpieza inicial del monumento, en la campaña del 2007, localizamos un fragmento de hierro correspondiente a la empuñadura de una pieza, quizás un cuchillo, con tope rectangular y orificios para remaches que había quedado encajada entre las puntas

de dos de los ortostatos que asomaban en superficie con claras huellas de las rejas que habían arado la zona (Fig. 3,10). Próximo a él un fragmento de fondo, posiblemente de una urna, plantean la existencia de más tumbas que las localizadas, pero su posición plenamente superficial refuerza su procedencia exterior a la cámara cuya excavación completa no mostró ningún material reciente. La necrópolis de incineración se organiza exclusivamente en el túmulo y no en la cámara originaria.

Espacio y tiempo: Lagunita I en su entorno.

Dada la parquedad de fechas funerarias de la zona, conseguir una cronología absoluta nos parecía importante, aún a riesgo de obtener, como así ha sido, una fecha poco precisa por la trayectoria plana de la curva de calibración en la Edad del Hierro. La tumba 2 ofrece una fecha convencional de finales del siglo VI a.C. que nos sitúa, según la secuencia más extendida en Extremadura, en los momentos finales del Orientalizante y al menos en paralelo al uso, en el Guadiana, de la necrópolis de Medellín, fase II (Torres, 2008), el único contexto funerario protohistórico con fechas absolutas en la región. Los márgenes de la fecha calibrada son muy amplios, abarcando buena parte de la Primera Edad del Hierro y comienzos de la Segunda.

Los comienzos de la Edad del Hierro, en el área media del Tajo en la que nos encontramos, cuentan con una intensa documentación de poblados, muchos de ellos habitados ya durante el Bronce final y con escasas muestras de ocupaciones tocadas en profundidad por procesos orientalizantes, aún cuando la situación se invierte en el plano funerario pues se carece, prácticamente, de referencias funerarias fuera de la influencia tartesia. Esta es responsable de la incineración de Talavera la Vieja (Jiménez, 2006) o está detrás de enterramientos de personajes destacados (Enríquez, 2007,115) que serpentean la zona creando un registro bastante heterogéneo. Sólo la necrópolis de Pajares, aún con producciones meridionales, muestra una gran proximidad con el Suroeste de la Meseta, formando parte de un área septentrional de la provincia de Cáceres con caracteres propios (Celestino *et al.* 1999, 88). Esta presencia meseteña será la característica más destacada de las necrópolis de la II Edad del Hierro (Rodríguez y Enríquez, 1992, 536), ahora sí con mayor presencia en el valle medio del Tajo, aunque los estudios

en profundidad sigan siendo pocos. Entre las más próximas a Lagunita I están la necrópolis de Alcántara, Portaje o Alconétar, sin nada paralelo conocido hasta el momento al oeste, en tierras portuguesas, donde la investigación de los últimos años se ha centrado en los primeros contextos de habitación de la Edad del Hierro conocidos (Vilaça, 2000). A la encrucijada geográfica, que asocia a la conexión norte-sur, la unión de las tierras de la Meseta con las más occidentales por el propio río Tajo, se une la intersección de los pueblos lusitanos y vettones de la *Hispania* prerromana cuyos límites distan mucho de estar bien definidos. Acotar el significado de Lagunita I no es fácil, pero ya sólo su presencia en este entorno geográfico y cultural complejo augura interesantes expectativas a los trabajos en curso.

Primero conviene precisar que en el área de encachado abierta, sin profundizar en todos los sectores, no había restos visibles de más tumbas, pero lo cierto es que la excavación no ha finalizado y desconocemos la extensión total de la necrópolis. Entre las piedras se dibujaban algunos círculos, semejantes al que delimita la tumba 2, que bien pudieran haber recogido en su momento cenizas directamente depositadas en el suelo, sin urna y sin ajuar, hoy desaparecidas por la acidez del terreno, que desde luego eliminó también las inhumaciones anteriores para las que se construyó el dolmen.

Tampoco sabemos, pues necesitaríamos contar con más fechas, si ambas tumbas son contemporáneas, o si podemos dar valor de conjunto a la dispersa serie de material de la tumba 1. Al menos la uniformidad formal y las pastas con las que se elaboraron las urnas a mano de ambas podría estar mostrando la existencia de más de un enterramiento de escasa distancia cronológica en el encachado este, y con ello, la construcción pareja de

ambas áreas de piedras. Especialmente, exceptuando los restos de superficie, la excavación no documentó materiales recientes fuera del encachado, lo cual hace pensar en un sector bien delimitado, restringido, en el monumento. Ciertamente es difícil aventurar el estado de la construcción en época protohistórica, pero dada la buena conservación de los anillos de retumulación de la cámara en el mismo sector este, resulta improbable que éste no pudiera haberse utilizado para depositar las urnas. Cualquier acción ocasional queda por tanto descartada, el encachado supone un claro reavivado del paisaje funerario (Barroso *et al.* 2007, 24), con una demarcación, resalte y funcionalidad expresa.

De la Edad del Hierro y dentro del entorno más inmediato a Lagunita I, tenemos paralelos datos de habitación procedentes del poblado de Cabeza del Buey, un castro de dos plataformas amesetadas localizado sobre los crestones cuarcíticos de la sierra de San Pedro. No ha sido excavado, pero el registro de abundante material de superficie, con cerámica sólo a mano, lo sitúa a comienzos de la Edad del Hierro, observándose restos de la muralla de cuarcita que delimitó parte del recinto (Martín, 1999, 80-81). Un lote de metales depositados en el Museo de Cáceres se adscribe al lugar y se fecha en un momento anterior (Martín, 1999, 43). Respecto a él, la necrópolis queda situada al Oeste, y a algo más de 1,6 Km. de distancia, situándose fuera de la pautas de orientación y proximidad de las necrópolis tartesias, celtibéricas y vettonas (Almagro Gorbea, 2008, 950; Rodríguez y Enríquez, 1992, 537) si bien con una clara visibilidad entre ambos pues desde la sierra se domina toda la dehesa en la que se localiza el dolmen. Este ámbito de zona baja conecta el espacio de la muerte con el de mayor aprovechamiento económico, la tierra de potenciales recursos agropastoriles y los principales acuíferos.

Lagunita I forma a su vez, como ya hemos señalado, parte de una agrupación de tres monumentos muy próximos entre sí, en un radio de 600 m. Lagunita III fue excavado por nosotros durante 3 campañas, mostrando varias alteraciones en la cámara, pero sectores como el corredor con material *in situ*. A pesar de localizarse en el lugar más destacado de la dehesa, sobre un pequeño montículo, y ser el más próximo al río Aurela, ningún resto permite respaldar su uso protohistórico, si bien su papel va más allá de lo estrictamente funerario, como más tarde comentaremos. De este modo la elección de Lagunita I por las comunidades de la Edad del Hierro sólo encuentra justificación en su mayor proximidad al

área de habitación.

Desde el punto de vista arquitectónico, la necrópolis de Lagunita I se articula a partir del domén, encajando una construcción sobre otra, lo que nos remonta a las necrópolis de cistas del Suroeste (Gamito, 1995, 82), marcando bien una zona central, en este caso ocupada por el propio megalito, según pervive también como organización concéntrica en otras tantas de la Edad del Hierro, como es el caso de la cercana de El Mercadillo, en Botija (Cáceres). Esta necrópolis posee además nueve enterramientos bajo estructuras tumulares, construcciones poco usuales en el Tajo extremeño (Rodríguez y Enríquez, 1992, 538), que forman estructuras circulares y cuadrangulares (Hernández y Galán, 1996, 18-20). En ellas se concentran las tumbas más ricas y mayoritariamente de mujeres, el sexo más representado en esta necrópolis (Hernández y Galán, 1996, 102) siendo uno de los pocos estudios antropológicos de la zona.

La influencia meridional (Martín, 1999, 199), o meseteña (Rodríguez y Enríquez, 1992, 540), de este tipo de construcciones funerarias tumulares deberá ser vista también en clave autóctona a partir del registro de Lagunita I, siendo un elemento realmente transversal cuya herencia megalítica recogen numerosas necrópolis del Suroeste pudiendo llegar a la Edad del Hierro. Incluso, dentro de la parquedad funeraria del Bronce Final, no está de más recordar conjuntos ligados al Tajo portugués como los túmulos que cubrían algunas incineraciones de Alpiarça (Vilaça *et al.* 1999, 11) o Abrantes, en el Alto Ribatejo, como el túmulo 1 de Souto (Cruz *et al.* 2011).

La sencilla tipología de la cerámica de la tumba 2, y su pobreza de ajuar, fue otro de los motivos que nos llevó a fechar los restos óseos. Ambas piezas, urna y cuenco, están realizadas a mano, reproduciendo, a la par que las piezas de igual factura de la tumba 1, formas sinuosas y semiesféricas o carenadas, respectivamente, de amplia tradición que se repiten tanto en necrópolis del Tajo como del Guadiana. Este es el caso de la necrópolis de Pajares (Celestino, 1999), asociadas a cerámicas a peine del círculo de Cogotas II, ausentes hasta el momento en Lagunita I, o Medellín, donde la cerámica a mano ocupa porcentajes mínimos frente al poblado, cuestión que se justifica como la selección para los muertos de la vajilla menos generalizada (Almagro y Torres, 2008, 748).

Como ya hemos señalado, la uniformidad que inspiran ambas urnas a mano podría mostrar escasa distancia cronológica entre ambos enterramientos, pero

desde luego el deterioro de la Tumba 1 impone enorme reservas de las que la menos importante es la presencia del torno. La realidad es que más allá de la nueva alfarería la muestra es muy reducida cuantitativamente y a su vez presenta cocciones muy variadas, lo cual por sí sólo no precisa si estamos ante importaciones o producciones locales escasamente extendidas, y además, es lo suficientemente inexpresiva como para poder ver en ella una huella, no ya étnica, sino cultural. La única forma que se intuye, un plato de pared exvasada, que bien podría ser una tapa de urna, tiene analogías en contextos muy diferentes, por ejemplo la necrópolis del Mercadillo (Hernández y Galán, 1996).

La reproducción de una arquitectura tumular tradicional asociada a un nuevo ritual funerario y material, en el mismo cementerio de los ancestros, integra lo foráneo en el devenir autóctono, sin que sea posible ver influencias precisas. El registro material es demasiado preliminar para eso. Sin embargo no nos resistimos a apuntar que alcanzar la atribución de los caracteres que conlleva la Edad del Hierro en esta zona del Tajo implica valorar varias cuestiones. En primer lugar el “flujo” (Correia, 2007, 192) orientalizante de

Sur a Norte, siempre latente detrás de los registros funerarios del Tajo, que parece tener escasa relevancia en este tramo occidental cacereño, de conexión atlántica más patente (Martín, 1999, 122). Y en segundo lugar varias divergencias señaladas en estudios recientes como la temprana siderurgia salmantina (Esparza y Blanco, 2008, 89) sumada a los precoces hierros de la Beira (Vilaça, 2006) que entre otras novedades permiten plantear la existencia de una vía Oeste – Este, desde el litoral al interior, siguiendo el Tajo (Vilaça y Arruda, 2004, 39). Si como ya señalamos la incineración está plenamente constatada en el Tajo portugués durante el Bronce Final (Vilaça *et al.* 1999), también es interesante señalar una reciente incineración del siglo XII a.C. en la Meseta (Blanco y Fabián, 2010), que ciertamente inusual por ligarse a Cogotas I, viene al caso por su situación al otro lado de Gredos, mostrando que las novedades rituales y difusión de las nuevas tecnologías tienen rutas y protagonistas diferentes. Su asimilación es lo realmente destacado, entendida sin rupturas, a partir de proyectos integradores como el que se generó en el cementerio que nos ocupa.

3.- LA REUTILIZACIÓN DEL MONUMENTO.

El largo decurso de los monumentos megalíticos peninsulares, en definitiva su pervivencia más allá de la comunidad que los construye y elige su ubicación, cuenta con una abundante investigación generada en los últimos años (García Sanjuán, 2005a; García Sanjuán *et al.* 2007; Barroso *et al.*, 2007; Mataloto, 2007; Lorrio, 2008; Bettencourt, 2010). De estos trabajos los centrados en el Suroeste han puesto de manifiesto nuevas construcciones más allá de la etapa de apogeo del megalitismo, la evocación de arquitecturas semejantes pero no colectivas, o el uso funerario o votivo de las cámaras y túmulos al margen de su uso inicial (García Sanjuán, 2005a). En esta última, la utilización del espacio exterior de los monumentos, es en el que se incluye Lagunita I perpetuando una tradición anterior.

Son muchos los datos que tenemos sobre el uso del espacio exterior de los megalitos, acrecentado en los últimos años por las excavaciones más amplias de túmulos y atrios que forman parte de la construcción, o el estudio en profundidad de sus alrededores determinados como verdaderos espacios transitados y demarcados

gráficamente (Bueno *et al.* 2008b; Riberio *et al.* 2010). Volviendo al trabajo de L. García Sanjuán (2005a) sobre el Suroeste, observamos ejemplos diversos en este sentido, que pueden agruparse dentro de las variantes de usos votivos y funerarios. A la faceta votiva pertenece la colocación de depósitos u ofrendas, y en la funeraria encontramos emplazamientos de enterramientos materializados en nuevas estructuras como covachas, túmulos, fosas o encachados, superpuestos a las construcciones anteriores o en su entorno. El catálogo de dicho trabajo no pretende ser exhaustivo pero la muestra es bastante representativa de una reutilización del espacio exterior de los monumentos que determina estructuras exentas, con independencia de que se trate de un único enterramiento o de varios, es decir, una necrópolis de uso siempre más dilatado en el tiempo. Con ello la singularidad de Lagunita I es patente pues constructivamente estamos ante una agregación tumular más, paralela a las anteriores a las que parece respetar plenamente sin perder su propia delimitación. (Fig. 6)

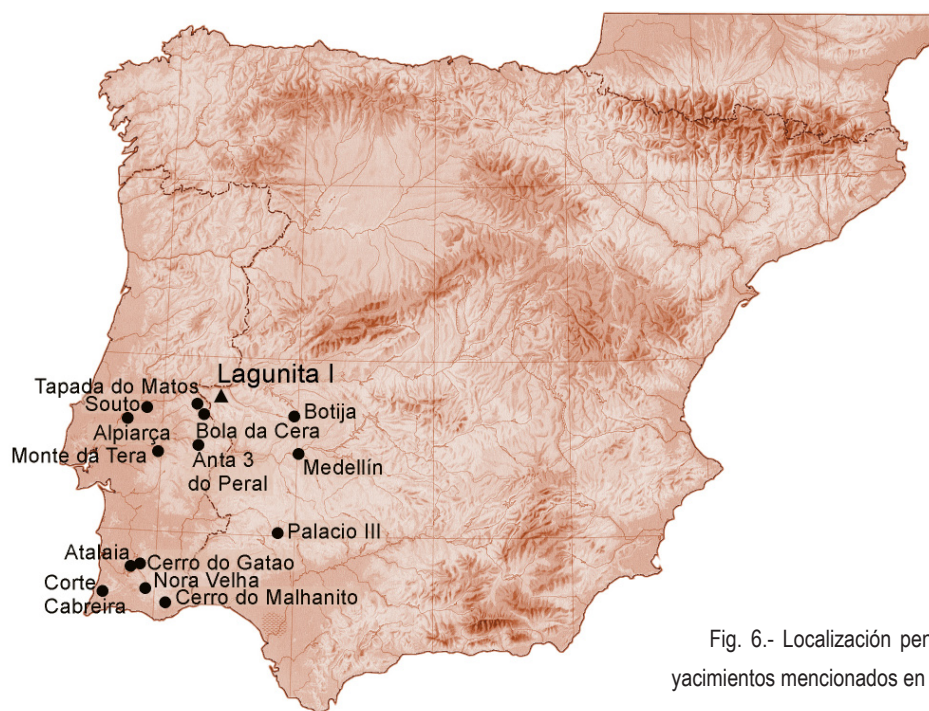


Fig. 6.- Localización peninsular de los principales yacimientos mencionados en el texto.

Entre los descubrimientos recientes, y con ello de pulcra documentación arqueológica que se echa en falta en los registros antiguos, tenemos que destacar sin duda una incineración en hoyo situada entre el dolmen y el tholos del conjunto megalítico de Palacio III, Almadén de la Plata, Sevilla (García Sanjuán, 2005b). Su cronología, 2660 ± 90 BP (Beta-165552), la sitúa antes que la tumba 2 de Lagunita I, pero pueden observarse proximidades como el encachado que rodea las cenizas. Las diferencias estarían en su integración dentro del espacio funerario. Tanto en Palacio III como en la necrópolis alentejana de Nora Velha (Ourique), con la que se compara la incineración sevillana (García Sanjuán, 2005b, 602), hablamos de depósitos, junto o en el entorno de los monumentos funerarios, a 100 m. en el caso de Nora Velha (Arnaud *et al.* 1994, 199). En Palacio III las piedras del encachado mantienen la misma orientación de dolmen y tholos (García Sanjuán, 2005b: 597), y en este sentido su proximidad y relación es indudable, pero en Lagunita I esa voluntad de integración enlaza con la construcción antigua planificando un nuevo anillo de uso dilatado.

La misma asociación a un espacio funerario de antas y cromlech cercanos se reproduce en la implantación del monumento de Monte da Tera, Pavía (Rocha, 2003). Se trata de un alineamiento de menhires junto al que se sitúa una necrópolis de incineración de la Edad del Hierro con encachado entre el que se colocan las urnas o las cenizas directamente en hoyo. La creación de una nueva

estructura, quizás reutilizando menhires prehistóricos, y en cualquier caso emulando una construcción megalítica aseguran el objetivo de un nuevo subespacio funerario que poco tiene que ver con el proyecto anejo de Lagunita I. Una de las urnas fue excavada en el laboratorio (Rocha *et al.* 2005), igual que en nuestro caso, observándose pautas de deposición de los huesos que en un futuro, con más muestras, pudieran afirmarse como asiduas. Por ejemplo coincide con nuestra tumba 2 la colocación superior de los restos del cráneo.

Centrándonos en el área del Tajo, y en este uso del espacio exterior de las construcciones, el nutrido conjunto de megalitos de la zona ofrece escasas comparativas. La primera referencia la encontramos dentro de la propia necrópolis de Era de la Laguna (Santiago de Alcántara), en el ya mencionado monumento de Lagunita III, cuyos cortes excavados durante las campañas del 2004 y 2005 en su parte delantera mostraron un espacio de acceso muy elaborado. Abundantes ofrendas cerámicas y líticas sobre una plataforma abierta a modo de zócalo de piedra avalaban varios episodios de deposición producidos y organizados en torno al monumento al mismo tiempo que varias manchas de coloración orgánica podrían estar mostrando su delimitación o mayor complejidad estructural mediante madera, una cuestión que no debería olvidarse en el caso de los espacios externos que valoramos (Bueno *et al.* 2008; 2010a, 510-511). De este modo los enterramientos protohistóricos de Lagunita I se enmarcan en una zona en la que existe

una tradición anterior de uso externo de los megalitos más allá del acto funerario en sí.

Aunque sea estableciendo un pequeño paréntesis en nuestra documentación del Tajo, resulta sugerente señalar que la mejor reproducción de estos zócalos delanteros, abiertos a ambos lados del atrio del dolmen de Lagunita III, la encontramos en la conocida necrópolis de Los Millares, en Almería (Bueno *et al.* 2010a: 510), y que es también aquí donde tenemos ejemplos de recrecidos tumulares a modo de empedrados, sabiendo que en esta necrópolis existen varios monumentos con reutilizaciones tardías (Lorrio, 2008: 155).

Otro ejemplo más procede del dolmen de Bola da Cera, en Marvão, con significativos restos cerámicos en el túmulo (Oliveira, 1998: 448), dentro de las varias reutilizaciones que tuvo tanto el interior como el exterior del dolmen. Los restos más antiguos depositados en la cámara fueron objeto de incineración siendo fechados en el 4360 \pm 50 BP (ICEN-66) (Oliveira, 1998: 451) lo que acredita un uso antiguo en la zona de lo que será después el ritual generalizado durante la Edad del Hierro.

A la reutilización del espacio exterior de las construcciones del Tajo, se suman otras tantas de época calcolítica y Bronce (Vilaça, 2000: 168; Oliveira, 1998: 487-489) que utilizan los espacios interiores con funcionalidad mayoritariamente funeraria, dejando diferentes huellas, arquitectónicas, óseas o materiales. Del mismo modo son numerosas las reutilizaciones tardías, de época romana y medieval, ahora con funcionalidad mucho más diversa hasta el punto de llegar a compartir espacio con algunas construcciones como villas o cementerios (Oliveira, 1998: 488-489). No es el momento de detallarlas, pero si fijarnos que en ese largo decurso que abarcan, son muy pocos los ejemplos de la Edad del Hierro por lo que Lagunita I vuelve a ser particular en el área del Tajo. Una exigua referencia corresponde a una estructura muy alterada en su totalidad, el dolmen de Tapada do Matos, en Castelo de Vide, en el que se encontró un fragmento de fusayola en el nivel superficial (Oliveira, 2000: 244), de evidente

distancia cronológica con el resto de los materiales entre los que están puntas de flecha de sílex.

Las reutilizaciones de megalitos durante la Edad del Hierro parecen, por tanto, más frecuentes en el Sur de Portugal, Bajo Alentejo y Algarve, donde contamos con un paralelo nutrido conjunto de necrópolis, algunas de las cuales, el caso de Atalaia (Schubart, 1975:170), proyectan con sus fechas una continuidad Bronce – Hierro verdaderamente palpable desde el punto de vista formal y arquitectónico.

Un reciente trabajo recupera varias de estas reutilizaciones del Sur de Portugal, a propósito de comparar los sucesivos usos de la cámara del tholos do Cerro do Malhanito, en Alcoutim (Cardoso, 2004). Tampoco de aquí obtenemos un equiparable escenario funerario como el que presenta Lagunita I, pero algunas cuestiones son interesantes. Una primera surge en el tholos de Cerro do Gatão, en Ourique (Viana *et al.* 1961), cuya excavación de los años 60, un corte realizado en su túmulo, puso al descubierto materiales metálicos de la Edad del Hierro, una pieza dentada de cobre fijada a una barra de hierro y un broche de cinturón con garfio y escotaduras laterales de bronce. La profundidad de los hallazgos, 1,20 m. es una anotación importante, a pesar de la cual los excavadores atribuyen los restos a intrusiones relacionadas con los constantes expolios y alteraciones que presentaba el monumento. Una interpretación relaciona los hallazgos del Orientalizante tardío con una posible incineración (Berrocal, 1992, 139). Sea un enterramiento, o un depósito votivo, cuestión que también debería plantearse, lo cierto es que sus excavadores observan la existencia de un túmulo excéntrico al tholos (Viana *et al.* 1961, 6) que interpretan en relación a la destrucción antrópica o a la erosión, pero que sugiere una agregación constructiva, en la línea de Lagunita I, si bien no contamos con el dibujo de la planta del túmulo.

Otro registro antiguo procede de Anta 3 do Peral, Monforte (Viana y Deus, 1957), en el que sólo a 2 m al sur del monumento se localizan varias sepulturas de incineración.

4- A MODO DE CONCLUSIÓN. EL CONJUNTO FUNERARIO DE LAGUNITA I.

Lagunita I no es un dolmen más reutilizado de los muchos que hay en el Suroeste peninsular, sino que convergen en él aspectos singulares que hemos ido destacando a lo largo de estas líneas.

Las reutilizaciones de los megalitos son hoy una realidad ampliamente cuantificable lo que se resume en un comportamiento que va más allá de lo fortuito. Frente a numerosos ejemplos de materiales tipológicamente

recientes pero de uso incierto en el monumento, o meros aprovechamientos de zonas arruinadas de cámaras y corredores sin funcionalidad clara, siempre difíciles de interpretar, Lagunita I muestra un espacio bien delimitado, adosado al túmulo antiguo y habilitado como necrópolis de la Edad del Hierro, que se materializa en la primera reutilización protohistórica organizada arquitectónicamente en el megalitismo ibérico.

El largo decurso temporal del monumento con origen en el Neolítico Final queda constatado arqueológicamente en sucesivas reestructuraciones y nuevas construcciones para las que contamos además con fechas absolutas. Del mismo modo, su apropiación posterior por las comunidades de la Edad del Hierro impone una nueva construcción, que con su morfología tumular no resulta ajena a la tradición anterior, agregándose e incrementando el área monumentalizada.

Además de una tradición arquitectónica, se perpetúa la funeraria. Las reutilizaciones de los megalitos no garantizan la continuidad de uso de los monumentos (Cruz, 1998, 228) pero en Lagunita I sus usos, evidentemente espaciados en el tiempo, se encadenan en el espacio y persisten en el interés funerario para el que se construye el monumento, reafirmando el papel de la construcción en el territorio en el que se erige y el de la comunidad que hay tras él. Ello supone reunir tradición y novedades, como son incineración e individualidad frente a la inhumación y la práctica colectiva, siempre con el trasfondo común de la idea de necrópolis. Difícilmente podemos pensar que las comunidades protohistóricas de Lagunita I persiguen en el dolmen una relación generacional, en sentido estricto, pero si en sentido amplio, en la idea de arraigo y vinculación al territorio de los ancestros (García Sanjuán, 2005a, 105), de legitimación de los nuevos rituales al uso, e incluso de refuerzo social, si bien dado lo poco excavado y la pobreza de ajuar de la tumba 2, son pocos los datos al respecto.

La realidad de su permanencia activa está documentada arqueológicamente de un modo nítido, pues podemos descartar su sistema de uso como el de reutilizaciones de sepulturas arruinadas. Al contrario, demuestra la tradición de los lugares funerarios como uno más de los parámetros ideológicos que juegan notable papel en la posición de los enterramientos más recientes.

Nuestra revisión de reutilizaciones de monumentos no ha sido metódica, tendremos que seguir trabajando en la recopilación de registros, muchos de ellos antiguos, pero

a partir de varios trabajos recientes que reúnen algunas de las más destacadas, se advierte la originalidad temporal y constructiva de Lagunita I. El receso de reutilizaciones de monumentos peninsulares que supone la Edad del Hierro, a la par que se generalizan las necrópolis de incineración (García Sanjuán, 2005a, 105; Lorrio, 2008, 459), y la escasez de datos de este momento, que constatamos de forma especial en el Tajo, subrayan esa afirmación. A ello se suma la agregación arquitectónica del encachado de la necrópolis en el túmulo antiguo del monumento. La diferencia establecida y admitida entre reutilizaciones de espacios construidos con anterioridad, intrínsecas o superpuestas, y estructuras anexas pensadas, diseñadas, construidas y encajadas con los espacios antiguos, es clara. Y es ahí donde Lagunita I se erige –hasta el momento–, como un caso único. Más allá de toda comparativa conviene, además, destacar su localización en el Tajo, y la proximidad que sin embargo Lagunita I propone con el Suroeste donde necrópolis tumulares de la Edad del Bronce y Hierro, con evidente relación, al menos constructiva innegable, perpetúan patrones megalíticos anteriores.

Propiamente respecto a la necrópolis de la Edad del Hierro son muchas las cuestiones que aún tenemos que determinar en próximos trabajos, como su extensión, y el número de tumbas, pues hasta el momento sólo contamos con un único depósito realmente individualizable que avala el uso de la incineración en urna, sin más ajuar que un pequeño plato que también pudo hacer la función de tapa. Los restos materiales son demasiado escuetos para fijar la procedencia de novedades que como el torno están presentes entre los restos cerámicos del encachado, especialmente en un área abierta por igual al sur, las tierras del occidente del Tajo o la meseta. Por otro lado cualquier patrón de localización del cementerio, siguiendo las pautas de necrópolis meseteñas o del Guadiana, parece aleatoria pues en su integración paisajística ha primado sin duda la relación con el área de los ancestros.

La asociación de estelas al monumento y el posible papel de éstas en los enterramientos más recientes está aún por determinar (Bueno *et al.* 2011), pero se presenta como uno de los objetivos a precisar en una próxima excavación.

La fecha obtenida sitúa las incineraciones de Lagunita I en un contexto del Tajo medio plagado de hábitat indígenas (Martín, 2007, 157), y contrariamente un mundo funerario que escasamente se explica sin influencias orientalizantes. Siguen faltando yacimientos

excavados en extensión que, igual que en el Guadiana, posean secuencias amplias que nos permitan valorar el peso de las sociedades calcolíticas y de la Edad del Bronce en las comunidades protohistóricas posteriores, pero si nos fijamos en Lagunita I todo apunta a una continuidad en la ocupación de los mismos territorios que se reorganizan sin abandonos patentes. La riqueza agropecuaria, metálica, con el oro del Tajo, y la vía de comunicación que supone el río, se perfilan como comunes atractivos socioeconómicos de las poblaciones pre y protohistóricas que ocupan el entorno de la sierra de San Pedro.

Desde nuestros primeros trabajos en Santiago de Alcántara hemos asumido una perspectiva de larga

diacronía de los asentamientos humanos, desde los primeros cazadores recolectores (Bueno *et al.* 2010b) hasta los productores neolíticos, calcolíticos y de la Edad del Bronce, dentro un *continuum* poblacional (Bueno *et al.* 2006, 2008a, 2008b) que ahora tenemos argumentos para prorrogar hasta la edad del Hierro en la que la zona sigue estando sin duda habitada, transitando sus comunidades los mismos entornos y respetando como funerarios los mismos cementerios.

Territorio tradicional, poblaciones asentadas y novedades que explican sistemas de enterramiento afincados en el megalitismo y asociaciones con estelas de carácter antropomorfo cuyas raíces megalíticas resultan cada vez más claras (Bueno *et al.* 2005).

BIBLIOGRAFIA.-

- ALMAGRO GORBEA, M., y TORRES, M. (2008), Cerámica a mano, La necrópolis de Medellín. II Estudio de los hallazgos (M. ALMAGRO GORBEA, dir.), Bibliotheca Archaeologica Hispana 26-2. Real Academia de la Historia, Madrid, 734-748.
- ARNAUD, J.M., MARTINS, A., y RAMOS, C., (1994), "Necrópole da Nora Velha (Ourique). Informação 1.ª campanha de escavação", *Actas das V Jornadas arqueológicas (Lisboa - 1993)*, Associação dos Arqueólogos portugueses. Lisboa, 199-210.
- BARROSO, R., BUENO, P., CAMINO, J. y BALBIN, R. (2007), "Fuentenagrosa (Asturias), un enterramiento del Bronce Final - Hierro en el marco de las comunidades atlánticas peninsulares", *Pyrenae* 38 (2), 7-32.
- BERROCAL, L. (1992), Los Pueblos Célticos del Suroeste de la P. Ibérica. *Complutum extra* 3, Madrid.
- BETTENCOURT, A.M.S. (2010), "Burials corpses and offerings in the Bronze age of NW Iberia as agents of social identity and memory", *Conceptualising Space and Place*, (A.M. S. BETTENCOURT, M. J. SANCHES, L. B. ALVES, Y R. FÁBREGAS, eds.), Proceedings of the XV UISPP World Congress (Lisbon, 4-9 September 2006). Vol. 41, BAR International Series 2058, Oxford, 33-45.
- BLANCO, A. y FABIAN, J.F. (2010), "Un hito de la memoria: el túmulo de El Morcuero (Gemuño, Ávila)", *Munibe* 61, 183-212.
- BUENO, P., DE BALBÍN, R. y BARROSO, R. (2005), "Hierarchisation et métallurgie: statues armées dans la Péninsule Ibérique", *L'Anthropologie* 109, 577-640.
- (2008a), "Models of integration of rock art and megalith builders in the International Tagus", *Graphical Markers and Megalith Builders in the International Tagus, Iberian Peninsula* (P. BUENO, R. BARROSO y R. DE BALBÍN, eds.), B.A.R. International series nº 1765, Oxford, 5-15.
- (2010a), "Gráficas de los grupos productores y metalúrgicos en la cuenca interior del Tajo. La realidad del cambio simbólico", *Transformação e Mudança no Centro e Sul de Portugal: o 4º e o 3º milénios a.n.e.* (V.S. Gonçalves y A.C. Sousa. Eds.), Câmara Municipal de Cascais, 489-517.
- BUENO, P., DE BALBÍN, R., BARROSO, R., CARRERA, F., ALFONSO, J., ALONSO, J., BARBADO, J.J., BERZAS, G., MARTÍN, M.A., SALGADO, P. (2010b), "Secuencias gráficas Paleolítico-Postpaleolítico en la Sierra de San Pedro. Tajo Internacional. Cáceres", *Trabajos de Prehistoria* 67(1), 197-209.
- BUENO, P., DE BALBÍN, R. y BARROSO, R. CERRILLO, E., GONZALEZ, A., PRADA, A. (2011), "Megaliths and stellae in the inner Basin of Tagus river: Santiago de Alcántara, Alconétar y Cañamero (Cáceres, Spain)", *From the Origins: The Prehistory of the Inner Tagus Region* (P. BUENO, E. CERRILLO, A. GONZÁLEZ eds.), BAR International Series 2219, 143-158.
- BUENO, P., BARROSO, R. y BALBIN, R. (2008b), "The necropolis of Era de la Laguna, Santiago de Alcántara, Cáceres, in the context of the megalithism of the central region of the International Tagus", *Graphical Markers and Megalith Builders in the International Tagus, Iberian Peninsula* (P. BUENO, R. BARROSO y R. DE BALBÍN, eds.), B.A.R. International series 1765, Oxford, 41-59.
- BUENO, P., BARROSO, R., BALBIN, R., y CARRERA, F. (2006), *Megalitos y marcadores gráficos en el Tajo Internacional: Santiago de Alcántara (Cáceres)*, Ayuntamiento de Santiago de Alcántara.
- CARDOSO, J.L., (2004), "Uma tumulação do final do Bronze Final / inícios da Idade do Ferro no Sul de Portugal: tholos do Cerro do Malhanito (Alcoutim)", *O passado em cena. Narrativas e fragmentos*, (M.C. LOPES y R. VILAÇA, coords.), Miscelânea oferecida a Jorge de Alarcão, Coimbra, 193-220.
- CELESTINO, S. (Ed.) (1999), *El yacimiento protohistórico de Pajares. Villanueva de La vera. Cáceres. 1. Las necrópolis y el Tesoro Áureo*, Memorias de Arqueología extremeña 3.
- CORREIA, V.H. (2007), "Ferna Vaz. Um caso de estudo da paisagem rural do Sudoeste no período orientalizante", *Arqueologia de la tierra. Paisajes rurales de la protohistoria peninsular*, (A. RODRÍGUEZ e I. PAVÓN, eds.), Universidad de Extremadura, Cáceres, 181-194.
- CRUZ, A. (1998), "Expressões funerárias e culturais no Norte da Beira Alta (V-II milénios a.C.)" *Estudos Pré-históricos*, 6, 149-166.

- CRUZ, A., GRAÇA, A., BATISTA, A. (2011), "Recent Prehistory and protohistory in Abrantes and Constância council (Portuguese middle Tagus) – the research preliminary state", From the Origins: The Prehistory of the Inner Tagus Region (P. BUENO, E. CERRILLO, A. GONZÁLEZ eds.), BAR International Series 2219, 93-109.
- GARCÍA SANJUÁN, L., (2005a), "Las piedras de la memoria. La permanencia del megalitismo del Suroeste de la Península Ibérica en el II y I milenios a.n.e.", Trabajos de Prehistoria 62 (2), 85-109.
- (2005b), "Grandes piedras viejas, memoria y pasado. Reutilizaciones del dolmen de Palacio III (Almadén de la Plata, Sevilla) durante la Edad del Hierro", Anejos del Archivo español de arqueología XXXV, 595-604.
- GARCIA SANJUÁN, L., GARRIDO, P., LOZANO, F. (2007), "Las piedras de la memoria (II). El uso en época romana de espacios y monumentos sagrados prehistóricos del Sur de la Península Ibérica", Complutum 18, 109-130.
- ENRIQUEZ, J.J. (2007), "El papel de la muerte y la ideología funeraria en la Protohistoria extremeña", Arqueología de la tierra. Paisajes rurales de la protohistoria peninsular, (A. RODRÍGUEZ e I. PAVÓN, eds.), Universidad de Extremadura, Cáceres, 103-128.
- ESPARZA, A. y BLANCO, A. (2008), "El solar de *Vettonia* antes de los vettones. Arqueología Vettona. La Meseta occidental en la Edad del Hierro", Zona arqueológica 12, 80-93.
- ETXEBERRÍA F. (1994), "Aspectos macroscópicos del hueso sometido al fuego. Revisión de las cremaciones descritas en el País Vasco desde la Arqueología", Munibe 46, 111-116.
- GAMITO, T.J. (1995), "A necrópole de Corte Cabreira", A Idade do Bronze em Portugal. Discursos de poder, 82-84.
- GONZALEZ, A., y RASCON, J. (2011), Informe antropológico de los Restos procedentes de la urna de Incineración del dolmen de Lagunita I (Santiago de Alcántara, Cáceres). Laboratorio de poblaciones del pasado. Inédito. UAM
- HERNANDEZ, F. y GALAN, E. (1996), La necrópolis de El Mercadillo (Botija, Cáceres), Extremadura arqueológica VI
- JIMENEZ, J. (2006), El conjunto orientalizador de Talavera la Vieja (Cáceres), Memorias del Museo de Cáceres 5, Museo de Cáceres, CSIC Mérida.
- LORRIO, A. J. (2008), Qurénima. El Bronce Final del Sureste de la Península Ibérica. Bibliotheca Archaeologica Hispana 27 – Anejo a la revista Lucentum 17, Real Academia de la Historia – Universidad de Alicante, Madrid.
- MARTIN, A. (1999), Los orígenes de la Lusitania. El I milenio A.C. en la Alta Extremadura, Real Academia de la Historia, Madrid.
- (2007), "Los castros de la cuenca extremeña del Tajo, bisagra entre lusitanos y vettones", Lusitanos y vettones. Los pueblos prerromanos en la actual demarcación Beira Baixa – Alto Alentejo – Cáceres, (P. Sanabria, ed.), Memorias del Museo de Cáceres 9, 147-160.
- MATALOTO, R. (2007), "Paisagem, memória e identidade: tumulações Megalíticas no pós-megalitismo alto-alentejano", Revista portuguesa de arqueologia 10 (1), 123-140.
- OLIVEIRA, J. DE (1997), Monumentos Megalíticos da Bacia Hidrográfica do Rio Sever, Ibn Maruan, edição especial, Marvão.
- (2000), "A Anta da Tapada de Matos - Castelo de Vide. Intervenção arqueológica no corredor", Ibn Maruán 9/10, 239-260.
- RIBERIO, A.T., ALVES, L.B., BETENCOURT, A.M.S. y MENEZES, R.T. (2010), "Space of memory and representations: Bouça da Cova da Moura (Ardegaes, Maia, Northwest of Portugal) - a case study", Proceedings of the XV UISPP World Congress (Lisbon, 4-9 September 2006). Vol. 41, BAR International Series 2058, Oxford, 89-98.
- ROCHA, L. (2003), "O monumento megalítico do Monte de Tera (Pavia, Mora) Sector 2: resultados das últimas escavações", Actas do II Colóquio Internacional sobre Megalitismo, 339-349.
- ROCHA, L., DUARTE, C., PINHEIRO, V. (2005), "A necrópole da 1ª Idade do ferro do Monte da Tera, Pavia (Portugal); dados das últimas intervenções", Anejos de Archivo Español de Arqueología XXXV, 605-614.
- RODRIGUEZ, A., y ENRIQUEZ, J.J. (1992), "Necrópolis protohistóricas en Extremadura", Congreso de Arqueología ibérica. Las necrópolis. Serie Varia 1, Universidad Autónoma de Madrid, 531-562.
- SCHUBART, H., (1971), Die Kultur der Bronzezeit in Sudwesten der Iberischen Halbinsel, Berlin
- TORRES, M. (2008), "Las fechas de carbono 14", La necrópolis de Medellín. III Estudios analíticos IV Interpretaciones de la necrópolis. V. El marco histórico de Medellín- Conisturgis, (M. ALMAGRO GORBEA, dir.), Bibliotheca Archaeologica Hispana 26-3, Real Academia de la Historia, Madrid, 868-874.
- VIANA, A., DEUS, A.D. DE, (1957), Mais alguns dolmens da região de Elvas (Portugal), IV Congreso Nacional de Arqueología, Zaragoza, 89-100.
- VEIGA FERREIRA, O. da., ANDARADE, R. FREIRE de, (1961), "Descoberta de dois monumentos de falsa cúpula na região de Ourique", Revista de Guimaraes 71 (1-2), 5-12.
- VILAÇA, R., (2000), "Registos e leituras da Pré-História Recente e da proto-História Antiga da Beira interior", Actas do 3º Congresso de Arqueologia Peninsular, vol IV, Porto ADECAP, 161-182.
- (2006), "Artefactos de ferro em contextos do Bronze Final do território português: Novos contributos e reavaliação dos dados", Complutum 17, 81-101.
- VILAÇA, R., ARRUDA, A.M., (2004), "Ao longo do Tejo, do Bronze ao ferro", Conimbriga XLIII, 11-45.
- VILAÇA, R., CRUZ, D.J. y GONÇALVES, A.H.B., (1999), "A necrópole de Tanchoal dos Patudos (Alpiarça, Santarém)", Conimbriga 38, 5-29.